



Solemnidad de la Santísima Trinidad

Parroquia de la Santísima Trinidad

26 de mayo de 2024

Mons. Carlos A. Cerezuela G.

Querido Ángel Luis, Párroco de esta parroquia de la Santísima Trinidad, a quien agradezco la invitación para celebrar con vosotros la fiesta de la parroquia, querido Alessandro, y querido Adrián, queridos hermanos todos en el Señor,

Tras las celebraciones del tiempo pascual, con la culminación del envío del Espíritu Santo en la Solemnidad de Pentecostés del domingo pasado, hemos retomado en la liturgia el Tiempo Ordinario y nos centramos en este misterio de la Santísima Trinidad. Sí, un misterio que es difícil de entender con sólo nuestra razón. ¿Qué significa eso de un solo Dios verdadero, pero que es a la vez tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo? Ríos y ríos de tinta han escrito los teólogos explicando ese misterio, que en realidad es lo más esencial de Dios. Porque sí, hoy nos fijamos en la esencia de Dios ¿Cómo y quién es Dios en sí mismo? Es a lo que apunta esta fiesta de la Santísima Trinidad.

Pero no os asustéis, no pretendo hoy entrar en toda esa reflexión teológica que acompaña a la Iglesia a lo largo de la historia. No, no es esa mi intención hoy. Sin embargo, algo de esa esencia nos tiene que servir hoy de luz y de alimento. ¿Qué decir, pues?

Las lecturas que acabamos de escuchar nos ayudan a ello. Cada una nos habla de las tres personas de la Trinidad. El evangelio recoge la fórmula con la que somos introducidos en la Fe, somos bautizados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Eso quiere decir que el vínculo que se produce con Cristo es inseparable de estar unidos al Padre y al Espíritu. Bautizar significa sumergir. Por ello, somos “sumergidos” en la relación de paternidad, de filiación y de amor. Estar bautizado y vivir la Fe significa estar dentro del amor que es Dios. Y Jesús envía a sus discípulos, a que bauticen en el nombre de la Trinidad. Jesús se fía de los Apóstoles y los envía a realizar las cosas de Dios. O sea, las cosas más bellas. Jesús no es paternalista, sino que quiere que nos impliquemos, que nos equivoquemos, sí, pero que aprendamos también de nuestros errores, que enseñemos a otros. Aprendamos cuán bueno es obedecer a Cristo y enseñarlo a los demás. Cuán bueno es estar sumergido en el amor de Dios y enseñarlo a los demás.

La primera lectura nos habla del Padre. Moisés recuerda al pueblo de Israel todo lo que Dios Padre ha hecho por su pueblo: lo ha elegido por amor, no por méritos y ha realizado signos prodigiosos a lo largo de su historia: *“¿sucedió jamás algo tan grande como esto o se oyó cosa semejante? ¿Escuchó algún pueblo, como tú has escuchado, la voz de Dios, hablando desde el fuego, y ha sobrevivido? ¿Intentó jamás algún dios venir a escogerse una nación entre las otras mediante pruebas, signos, prodigios y guerra y con mano fuerte y brazo poderoso, con terribles portentos, como todo lo que hizo el Señor, vuestro Dios, con vosotros en Egipto, ante vuestros ojos?”*. Es decir, se pregunta Moisés, ¿hay prueba de mayor amor por nosotros? ¿Alguien puede dudar de ese amor de Dios por su pueblo? ¿Qué hacer, entonces, para permanecer en ese amor?: *“reconoce hoy, y medita en tu corazón, que el Señor es el único Dios allá arriba en el cielo y aquí abajo en la tierra; no hay otro. Observa los mandatos y preceptos que yo te prescribo hoy, para que seas feliz, tú y tus hijos, después de ti, y se prolonguen tus días en el suelo que el Señor, tu Dios, te da para siempre”*. Quizás también nosotros, para comprender mejor a Dios cada día, debemos recordar de vez en cuando todos los signos que Dios ha hecho en nuestra historia, personal y comunitaria. En la parroquia, claro que sí.

En la segunda lectura, san Pablo dice con rotundidad: *“Cuantos se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios”*. Y, además, que no hemos recibido un espíritu de esclavitud, sino de hijos de adopción. No somos, por tanto, esclavos sino hijos. Es la consecuencia lógica de ese vínculo de amor del que hablábamos entre el Padre, el Hijo y el Espíritu. Si somos hijos en el Hijo, entonces somos coherederos con Cristo. Nuestra herencia es Dios en sí mismo.

Es posible que a estas alturas alguno diga: “vale, todo eso está muy bien, pero ¿qué? ¿En qué nos ayuda eso para nuestra vida, para nuestro ser parroquia?”. Para responder a eso, me vais a permitir todavía una cosa más. Todo eso que hemos hablado de la relación entre el Padre, el Hijo y el Espíritu, como os decía, ha originado ríos de tinta de los teólogos, pero hay una imagen, a mi modo ver preciosa, y muy sencilla, que nos ayuda a entender todo eso. Se trata de la explicación que allá por el s. XII dio san Bernardo de Claraval, un monje cisterciense, que decía que el misterio de la Trinidad expresa que Dios es en sí mismo el Amor y que ese amor se expresa en un beso. Fijaos. Un beso. Algo tan sencillo y tan humano, tan precioso aunque tantas veces manchado, como un beso, nos explica el misterio del ser de Dios. San Bernardo explicaba que es el Padre quien besa al Hijo y el Hijo es besado por el Padre. Y en seguida afirmaba: “Si el Padre es el que besa y el Hijo es besado, el Espíritu Santo es el beso”. ¿Veis de qué manera tan sencilla san Bernardo consiguió explicar lo que no quedaba claro a pesar de tantos ríos y ríos de tinta? Un beso. El Padre besa, el Hijo es besado y la unión entre ellos es el beso en sí: el Espíritu.

Pues esta imagen del beso es la que hoy os quería traer aquí, en la fiesta de vuestra parroquia. Esta imagen nos ayuda a comprender mucho de nosotros

mismos ¿verdad? Pensad un momento: en el origen de todo lo que existe, de nuestra propia vida lo que hay es un Beso, que significa el mayor amor. Por eso Moisés en la primera lectura podía haber dicho todo lo que dice de esta manera: “Mirad cómo Dios ha besado y besa continuamente a su Pueblo”. San Pablo, en la segunda lectura, podría haber dicho: “Dios os besa como hijos que sois. No se besa a un esclavo”. O el mismo Jesús en el evangelio podía haber enviado a sus discípulos diciéndoles: “Id y llevad el beso de Dios a todo el mundo. Y sabed que el Padre y yo, junto con el Espíritu, os besamos todos los días hasta el final de los tiempos”.

Porque sí, queridos hermanos, ser cristiano significa reconocerse cada día besado por Dios y, a la vez, reconocerse llamado a llevar ese beso de Dios al mundo. Dios me besa cada día y me envía a llevar su beso al mundo.

También con esta imagen del beso podemos comprender mejor el plan pastoral de la parroquia que estáis desarrollando en este curso. “*Vive tu parroquia viva*” es el lema del plan pastoral. En su explicación se lee: “*Se trata de amar a la parroquia y a la Iglesia, no por lo que queremos que sea, sino por lo que es. Y amarla desde dentro, sabiendo que su barro es nuestro barro y que su luz es la del Espíritu*”. Y más adelante: “*VIVE TU PARROQUIA, conócela, valórala y sé consciente de que está VIVA, gracias a Dios, por toda la diversidad de realidades, pastorales, acciones, personas, sensibilidades creyentes... que la forman*”. Se trata, por tanto, de una espiritualidad de la comunión: “*espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado*”.

Esta espiritualidad de la comunión ¿verdad que está condensada en esta preciosa imagen del beso? ¿No se trata en definitiva de lo que decía antes, de que ese beso de Dios es el que nos da la vida y que la parroquia está viva por ese beso de Dios, que cada una de esas realidades pastorales y acciones diversas, cada una de las personas y sensibilidades nace de ese beso de Dios? ¿Acaso no es el beso de Dios el que nos fortalece para la misión? ¿Acaso cada uno de los objetivos del plan pastoral, intermedio, específicos, no son en definitiva una concreción de ese beso de Dios? Mirad, si no, las acciones más significativas del plan: el llamamiento para formar parte de los distintos equipos parroquiales, la acogida de las familias, la participación en el arciprestazgo (realidad diocesana) para la mesa de misiones, la atención a los feligreses que vienen el domingo a misa, la acogida y orientación de emigrantes para proponerles la catequesis y actividades de la parroquia, el cuidado de los grupos de jóvenes, la preparación a los distintos sacramentos. Todo eso, en definitiva, es querer llevar el beso de Dios a cada una de esas realidades. Y de llevarlo porque en realidad, cada una de esas realidades necesita del beso de Dios. Los jóvenes, las familias, los emigrantes, los que piden los sacramentos, todos necesitan experimentar ese beso de Dios. Vive tu parroquia viva. En la vida parroquial experimentamos en

primera persona ese beso de Dios que, a su vez, nos impulsa a llevar a todos, como parroquia, el beso de Dios.

Me vais a permitir, además, que os confiese una cosa, y con esto acabo. La primera vez que entré en la parroquia, cuando Ángel Luis llegó aquí como párroco, me resultó extraño que el templo fuera circular. Pensé, “no debe ser fácil celebrar la eucaristía con un templo circular. Tener que mirar en redondo desubica un poco”. En otras ocasiones que he ido viniendo por aquí he conocido, en cambio, que el templo, donde se desarrollan las celebraciones litúrgicas y los sacramentos, lo habéis bautizado como el edificio del Padre. Y que además tiene una explicación, una razón de ser desde el principio. Luego está también el edificio del Hijo, donde se desarrollan las actividades de catequesis, de formación, las actividades de Cáritas y también hay viviendas para acogida de familias necesitadas. Y luego está el edificio del Espíritu Santo, donde está la capilla con la reserva del Santísimo, y las viviendas de los sacerdotes que os acompañan. Pues me parecía que la imagen del beso también daba razón de esta arquitectura particular. En realidad, decir que Dios, o la relación entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo es un beso continuo de amor, es reconocer una realidad que es circular, que tiene un movimiento continuo entre el Padre, el Hijo y el Espíritu. El Padre es quien besa. Pues del edificio del Padre, el templo, nace ese beso en las celebraciones, en los sacramentos. El Hijo es besado. El beso llega en forma de catequesis, de formación, de caridad, de acogida al necesitado, como Cristo, el Hijo, predicó, instruyó a los discípulos, acogió al necesitado y curó al enfermo. El Espíritu es el beso. En la presencia continua del Señor en la Eucaristía, Dios nos besa continuamente. Y esa presencia es posible por el sacerdocio ministerial. Los sacerdotes, ungidos por el Espíritu, por su dedicación a los sacramentos, hacen posible ese beso de Dios hoy y ahora.

Queridos hermanos de la parroquia de la Santísima Trinidad, VIVID VUESTRA PARROQUIA VIVA. Vivid cada día bebiendo de la fuente de vida que es la Trinidad, de la fuente de amor que es la Trinidad. Vivid cada día transmitiendo esta vida y este amor que es la Trinidad. Esa vida y ese amor que Dios manifestó al pueblo de Israel desde el principio, como recordaba Moisés. Esa vida y ese amor que nos hace hijos de Dios y no esclavos, como recordaba san Pablo. Esa vida y ese amor que nos da Cristo con su presencia entre nosotros todos los días, hasta el final de los tiempos. Amén.

ORACIÓN POR LA COMUNIÓN

*Padre, envíanos el Espíritu Santo que Jesús nos ha prometido,
Él nos guiará hacia la unidad,
Él es el que nos da el carisma,
que hace las diferencias en la Iglesia,
y también Él nos da la unidad.*

Envíanos el Espíritu Santo.

Que nos enseñe todo lo que Jesús nos ha enseñado.

Que nos de la memoria de todo lo que Jesús ha dicho

Jesús, Señor, Tú has pedido para todos nosotros

la gracia de la unidad Señor, esta Iglesia que es tuya, no es nuestra

La historia nos ha dividido.

Jesús ayúdanos a ir por el camino de la unidad o

por el camino de esta unidad reconciliada.

Señor, Tú siempre has hecho todo lo que has prometido,

danos la unidad de todos los cristianos. Amén.